

La dama y el vagabundo

Poco a poco va desapareciendo la oscuridad proporcionada por sus propios párpados para dar forma a decenas de siluetas humanas que recorren de un lado a otro las calles, cada cual de una manera distinta. Están los risueños, contemplando la ciudad ensimismados; los adultos responsables con sus bolsas de la compra en mano; los jóvenes que llenan las calles con la risa de aquellos que son más felices de lo que saben; los ancianos paseando solos, y acompañados también. Cada uno inmerso en su propio mundo, como es natural. Sin embargo, si hay algo que tienen en común es que todos evitan el contacto visual con el desdichado mendigo de terrible aspecto que está sentado a la vera de las puertas del supermercado. Este se pone de pie y recoge la tela hecha jirones que le protegía del frío del cemento y, tras sacudirla, cubre con ella sus brazos desnudos y comienza a andar. Es un sábado nublado de marzo y Fran vaga por las calles de Madrid sin un destino concreto; según avanza, va notando cómo la gente con la que se cruza se cambia de acera de la manera más disimulada de la que son capaces y Fran no está seguro de si les puede culpar. Se pregunta si él no haría lo mismo si estuviera en sus zapatos.

Al final de la calle por la que camina hay un descampado aparentemente vacío y el mendigo decide refugiarse ahí de las miradas de miedo, desdén o compasión que le ahogan en las calles más bulliciosas. Según va aproximándose al descampado, observa cómo un rayo de luz se hace camino entre el cúmulo de nubes que cubren el cielo y para cuando sus pies pisan el verde césped, este ya brilla con un color más vivo. Fran puede notar cómo el resplandeciente sol madrileño que baña su cara le saca una de sus primeras sonrisas en muchos meses de invierno. Decide encaminarse por un pequeño sendero que muere en una zona repleta de árboles. Mientras baja por la senda, alcanza a ver una pequeña porción de la ciudad; se observan los edificios de los barrios más cercanos, de todos los colores y tamaños, bajo esa soleada luz que aumenta su intensidad por momentos. Fran se para a

observar con cautela esas fachadas, le resultan familiares. Los recuerdos irrumpen esos segundos de paz que el sol esperanzador le proporcionaba y le ataca un fuerte dolor en el pecho: los oscuros ojos de su madre que acumulaban toda la bondad existente en un mundo cruel, la bicicleta desgastada sobre la pared de la vieja escuela, el olor del césped del parque al lado de casa. Fran puede notar cómo sus ojos comienzan a humedecerse y rápidamente aparta la mirada, caminando apresuradamente para introducirse en lo que parece ser un pequeño bosque. Este está repleto de árboles, pero de alguna manera los rayos de sol consiguen hacerse espacio entre sus ramas. La primavera ya ha hecho sus primeras apariciones y ha salpicado al bosque con llamativos colores que le hacen asemejarse a uno de esos lugares donde viven hadas y duendes en los cuentos de niños.

Después de más de media hora caminando, Fran se detiene en seco. A unos pocos metros de él se encuentra una mujer de mediana edad de espaldas a Fran. Está agachada frente a un árbol y parece que está recogiendo algo entre sus raíces. A pesar de que Fran tiene mucha curiosidad por lo que esta misteriosa persona estará haciendo, sabe que si continúa caminando en su dirección probablemente la asuste, por lo que sin hesitar un segundo más, el mendigo se da la vuelta y rehace sus pasos.

—¡Muchacho! – suena una voz.

Fran se da la vuelta nada más escuchar la voz, atónito. La mujer a la que acababa de dar la espalda le observa.

—Perdona que te moleste, joven, ¿te importaría echarme una mano con esto? – según habla, la mujer se va acercando a Fran –. Verás, es que no es la primera vez que vengo por aquí y que me encuentro este nido tirado en el suelo, y es que de verdad que no consigo que quede bien sujeto entre las ramas del árbol...¿podrías intentarlo tú?

La sorpresa de Fran le impide hablar con claridad, así que asiente tímidamente. La mujer le sonrío y se da la vuelta en dirección al árbol. Fran, todavía desconcertado, sigue sus pasos

con cautela. Tras unos segundos llegan a su destino y la mujer se arrodilla de nuevo frente al árbol y recoge un nido que le entrega a Fran cautelosamente. El mendigo lo toma en sus manos y observa el árbol que se yergue por encima de su cabeza.

—Como los jóvenes sois tan altísimos y fuertes...A ver si alcanzas esa rama, que seguro que ahí se sujeta mucho mejor que donde yo lo pongo – la mujer señala con el dedo índice una rama unos centímetros por encima de sus ojos.

Fran se pone de puntillas y lentamente va colocando el nido en el sitio indicado. Una vez posado, aparta poco a poco las manos, asegurándose de que el nido esté bien sujeto.

—¡Perfecto! Así seguro que no se cae, ¡muchas gracias! - dice la mujer mientras le sonríe.

Fran se detiene por primera vez a observar a la extraña. Es una mujer de pequeña estatura, oscuro cabello y ojos excesivamente claros, prácticamente grises. Su mirada es amable y su sonrisa parece permanente, incorruptible. Su presencia despierta en Fran una paz que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Bueno, jovenzuelo, se está haciendo tarde, espero que estés cerca de casa. ¿Tienes forma de volver?

Antes de que Fran pueda responder, su vista se ve nublada por una profunda oscuridad y todo a su alrededor comienza a desaparecer. Tan sólo puede escuchar una voz a lo lejos gritando su nombre.

—¡Francisco! ¡Francisco!

Fran abre los ojos, somnoliento y confuso. Se encuentra tumbado en su cama, totalmente destapado. A su izquierda, encima de la mesita de noche, están sus gafas encima del libro que estuvo leyendo ayer y al lado, un viejo reloj congelado en las 7:00. La confusión abandona sus ojos y sale de un salto de la cama a la vez que María Paz abre la puerta de su dormitorio.

—¿Pero se puede saber qué estás haciendo? – la mujer lo mira de arriba abajo, incrédula. – ¡Todavía en pijama! ¿Eres consciente de que en menos de una hora tenemos que estar en la universidad?

—Sí, sí, perdona Mari, es que no sé qué ha pasado con el despertador...— Fran se apresura a contestar mientras la mujer se dirige hacia el armario al fondo de la habitación. Lo abre y busca entre las perchas.

— ¡Será posible! El único día en cinco años que te quedas dormido es el de tu graduación... Aquí, el ingeniero...

Fran sonríe divertido mientras contempla a María apoyar un traje azul sobre su antebrazo con delicadeza. A continuación, cierra las puertas del armario y se dedica a mirar a su alrededor, buscando algo con gran ímpetu. El joven, rápidamente, se da la vuelta y abre un cajón de su mesita de noche para coger un birrete negro. Lo desdobra y se lo entrega a la mujer, que lo mira satisfecha. Sonriente, María rodea con su brazo a Fran y le conduce por el pasillo mientras coloca el birrete encima de la cabeza del joven, que todavía lleva el pijama puesto. Antes de entrar en la cocina a desayunar, se detienen frente al espejo del pequeño recibidor de la casa. Colgadas de éste por un lado están una serie de fotos que capturan momentos de gran valía para ambos: el primer día de universidad, la cena de celebración después de que Fran obtuviera su primera matrícula de honor, el primer traje de Fran para el bautizo del nieto de María. Ambos observan la foto ensimismados, pensando en lo mucho que han cambiado juntos.

— ¿Sabes?, cuando me has despertado estaba soñando con aquel día en el bosque. No sabía que podías soñar con un recuerdo, aunque sea importante para ti. Ya sabes que...

—Shh – le interrumpe María, con una sonrisa –. Lo sé. ¿Sabes tú lo orgullosa que estoy de ti?

Fran asiente. Los ojos claros de María brillan y su sonrisa contagia a Fran, que la imita. Se quedan así un par de segundos más. El espejo muestra dos singulares individuos con una conexión especial: madre e hijo, protectora y protegido, extraña y mendigo.